

Centimetres **TIFFEN** Color Control Patches © The Tiffen Company, 2007



DG
COM

DG
COM

+544620

FLORES DEL ALMA.



FLORES DEL ALMA.

ESTUDIO

ACERCA DE VARIAS VIRTUDES

PARA

INSTRUCCIÓN Y REGREO DE LA JUVENTUD,

POR

D. CASIMIRO GONZALEZ GARCIA-VALLADOLID,

*Abogado del Ilustre Colegio de esta
Ciudad.*

VALLADOLID.

Imp. y Lib. Nacional y Extranjera de H. de Rodríguez,

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

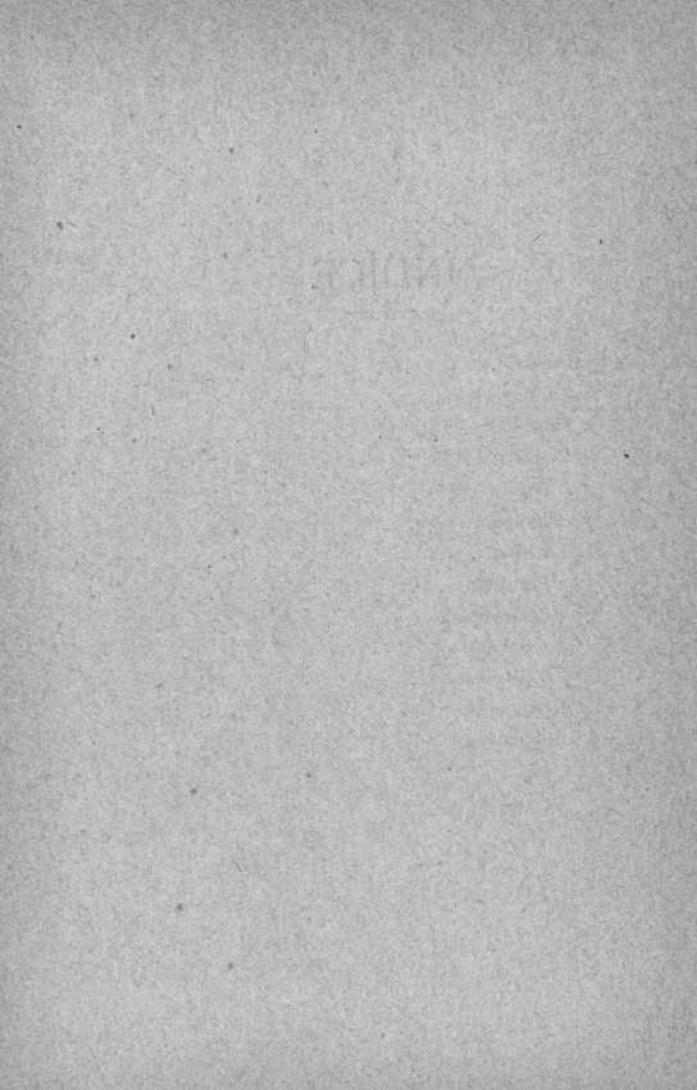
1888.

Es propiedad del autor.

Queda hecho el depósito de Ley.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria..	VII
A. C.... Introducción.	I
I.—El Pudor.	5
II.—El Amor.	11
III.—La Fé.	23
IV.—El Trabajo.	33
V.—La Caridad.	43
VI.—La Humildad.	55
VII.—La Paciencia.	65
VIII.—La Oración.	73
IX.—La Gratitude..	83
X.—La Religión..	91
XI.—La Educación..	105
XII.—La Paz.	115



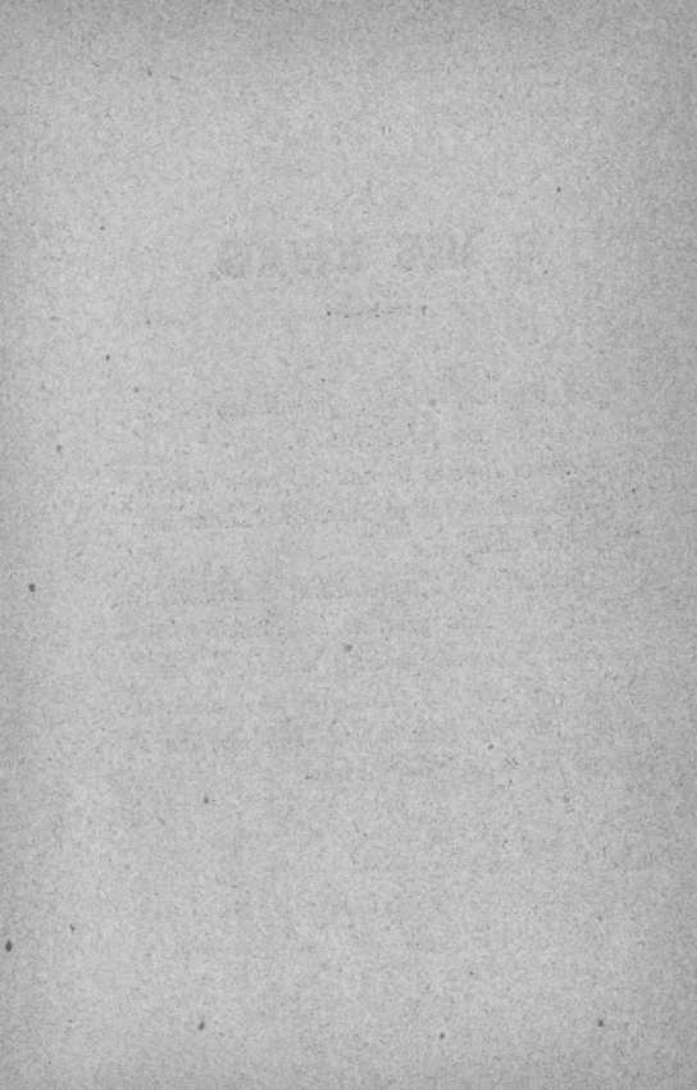
A MIS HIJAS.



A vosotras, prendas queridísimas de mi alma, dedico este pobre trabajo.

Cuando llegueis á edad de poder hacerlo, leed con cuidado sus páginas: ellas están escritas con el corazón.

Meditadlas bien, aprendedlas de memoria y aplicad á la vida práctica los principios que contienen; y cuando yo haya muerto, al repasarlas una vez más, consagraid con cariño el recuerdo de una oración y de una lágrima á vuestro padre que tanto os amó.



A. C. K. K. K. K. K.

INTRODUCCIÓN.



Estamos en el tiempo del amor y de las flores.

Por todas partes brota la naturaleza rica en belleza y en aromas, en luz, en color y en armonía, convidando placentera á sentir y á querer.

Sin duda por eso me pides leyendas que respiren pasión y ternura, y donde aprender y deleitarte á la par, cual lo haces ufana con el lirio del campo que deshoja tu mano diminuta.

No es difícil la empresa.

Sin embargo, para complacerte y formar

guirnalda vistosa, digna por otro lado de ceñir tan blancas sienes, he ido á los parques, he recorrido los parques, y aunque hallé multitud de flores hermosas, con todo, no fueron suficientes á llenar mi deseo.

Ansiando más, volví de nuevo á escoger en los jardines, y buscando por ellos, en medio de ellos te encontré á tí, que contemplabas silenciosa cómo se dibujaban en la tranquila corriente del arroyuelo, el esbelto contorno de tu gallardo cuerpo y el perfil gracioso de tu rostro sin par.

Me paré, me fijé en tí, entonces pensé en el tesoro inmenso de virtud que encierra tu alma, y admiré en ella flores de perenne color y de fragancia exquisita, que nunca se marchitan, que son eternas, siempre frescas, siempre de igual vigor y lozanía.

En tí, pues, escogí las flores para formar mi corona: en tí las virtudes que describir en mis leyendas: flores divinas del vergel celestial, que abren su corola en el jardín de tu alma pura, crecen al calor de

tu corazón amante y envuelven tu existencia en balsámica nube de amor y de ambrosía.

Yo, que apenas me atrevo á fijar mis ojos en tí; yo, que solo me atrevo á hablarte confuso y temblando, porque creo profanar con mis ojos y con mi aliento la pureza de tu alma virginal; yo, que solo puedo ya bendecirte y enseñarte, hoy tengo la osadía de colocar tu nombre á la cabeza de estos artículos y de ofrecértelos rendido, pues que tu los quieres y los inspiras, y á tí agradecido y humilde los consagro.

No corresponden á tu alteza; sin embargo no los rechaces: aunque pobres, son el desahogo de mi espíritu, que allí donde encuentra lo grande, lo admirable y lo bello, allí se detiene para deleitarse y ensalzarlo.

Acógelos benigna, y si algo bueno encuentras en ellos que hasta ahora no haya fijado tu atención, párate, recógelo en tu imaginación rica y soñadora y practicán-

dolo, hazme comprender que mi trabajo te sirvió de recreo y de instrucción, contribuyendo á realizar concepción tan simpática y grandiosa como en tu proceder noble y delicado contemple la buena sociedad, esa sociedad en medio de la cual vives y á la que enriqueces con los encantos de tu hermosura y los hechizos de tu gracia.



I.

EL PUDOR.



Una sola de tus miradas me ha obligado á tomar la pluma con objeto de consignar aquí, como reina de todas las virtudes, la manifestación preciosa que ví en tu rostro, de ese sentimiento espiritual y angélico, adorno el más preciado de una niña, jóven y hermosa cuál tú.

¡El Pudor!

Dime ¿has pensado alguna vez detenidamente en aquel sentimiento castísimo?

¿No has visto algo que se acerca á lo sublime en ese rojo súbito carmín que brota en las mejillas de la niña cándida y pura al encontrarse sus ojos con los de un hombre que absorto la mira impulsado por el amor?

¿No has sondeado nunca el significado, las mil y mil bellezas, los encantos infinitos que en sí tiene ese velo, sonrosado como el crepúsculo matinal, tierno, sencillo como el beso que el aura de la tarde dá á las flores, al tiempo que de ellas se despide?

¡Ah! ¡Cuántas veces has adornado tu rostro con tan primoroso atavío!

¿Y has encontrado en objeto alguno de la tierra mayor poesía, más primores, más expresión que en esa niña que al influjo sobrenatural del pudor, inclina su linda cabecita y baja sus párpados, como agobiada por el peso de la inocencia de su alma?

¡Imposible!

¿Y has comprendido toda su grandeza, todo su mágico poder?

¿No has visto cómo el hombre ante el arma invencible y misteriosa del pudor de la candorosa doncella, detiene el paso, cierra los ojos, ahuyenta de sí todo pensamiento que pueda manchar, hacer desaparecer ese púdico carmin, y como avergonzado retrocede, bendiciéndole y respetándole acaso sin querer?

¿Pues porqué teme? ¿Porqué le impone tanto respeto? ¿Porqué sin querer le bendice?

Pues es porque el velo del pudor, es "*el color de la virtud*," "*la fuente de todas las virtudes*,".

Porque ese rojo que roba al sol su fuego, su encanto á la aurora y á las flores su belleza, es la manifestación más perfecta, la esencia de las virtudes del alma, es... un des-

tello del alma misma, y por tanto emanación del soplo de Dios.

Le teme, porque es el escudo de acero y diamante con que defiende su casta inocencia; y el hombre detiene su paso ante la virtud al tiempo que la venera y la envidia.

Le acobarda, porque el sentimiento del pudor es sublime en su manifestación; y lo sublime le extasía, le sobrecoge, le deslumbra.

Le bendice y le ama, porque es grande y bueno, y no puede menos de amar y bendecir la grandeza y la bondad.

Porque vé en esa pudorosa doncella, un ser superior á él, que le hace concebir por su hermosura, por su encanto, aunque ténue y fugaz, la hermosura infinita, el encanto eterno del cielo.

Porque él le hace ver en medio de un mundo pervertido y encerra-

dos en cuerpos de barro deleznable, unos espíritus angélicos que con la poesía de su lenguaje, mudo pero enérgico, le enseñan y le recuerdan á Dios, belleza suma é increada, de quien proceden.

Le cautiva porque él es la expresión del sentimiento nuevo que agita el alma de la inocente niña, cuando al empezar á recorrer la senda escabrosa de la vida, se opera el primer movimiento de amor, nace el primer deseo, para ella antes ignorado pero desde entonces presentido, de unión y de ventura, de sueños y de ilusiones, de esperanzas y de dichas.

¿Comprendes ahora lo que es ese sentimiento?

Pues él fué quien te agitó cuando al girar una mirada indiferente á cuanto te rodeaba, tus ojos se encontraron con los del hombre á quien

amas y que en su expresión silenciosa y tierna te decían ¡bendita seas!.... frase vehemente y apasionada que envuelve en sí, la confesión sincera de un puro y santo amor hácia tí.

Sigue, pues, inocente niña, cubriéndote con el velo divino del pudor: él es "*la única belleza que resiste á las injurias del tiempo,*"

Tú, cuyos múltiples encantos fascinan al mundo; tú, cuyo espíritu en profundos suspiros sin cesar se eleva al cielo, como á origen de sus virtudes y término de sus esperanzas, deja que vele tu rostro con su casto cendal, deja que su cándido sonrojo encienda tus mejillas y caiga tus párpados, pues siempre la belleza del cuerpo, debe ser el reflejo más vivo de la belleza del alma.



II.

EL AMOR.



Si fuera, encantadora y amable niña, á hablarte del amor en sus múltiples manifestaciones, sería no solo pesado, sinó tambien interminable.

Tendría que decirte algo del amor con que Dios nos manda amarle á El, á nuestros semejantes y á nosotros mismos.

Habría de decirte mucho del amor puro y desinteresado de la amistad, de ese afecto merced al cual, el amigo *es un alma que vive en nosotros.*

Tendría que hablarte del singular, del grandioso amor de madre, de ese amor tan ponderado, incomparable con ningun otro y que solo las madres pueden sentir, sin acertar á explicarle.

Me vería obligado á pararme en el comunicativo y sagrado amor que convierte en uno é identifica para siempre y que siempre debe ser el mismo, de los esposos, para siempre tambien unidos por el lazo misterioso y bendito del matrimonio.

Y, por último; tendría que hablarte del amor intenso, del amor de los amores, del amor heróico, del amor angélico y sublime de la caridad, y deteniéndome en él, meditándolo, no concluiría nunca de ensalzar absorto sus grandezas, su hermosura y su bondad.

Pero no es este mi propósito por hoy, que solo quiero hablarte del

sentimiento que agita con fuerza irresistible tu inocente corazón, que conmueve tu alma, que te roba el sueño, que endulza tus pesares y turba tus alegrías; de ese amor con quien vives, por quien vives y para quien vives; con quien sueñas, á quien te mes y deseas, á quien rechazas y á quien buscas, á quien bendices y entregas rendida el dominio de tu ser: de ese amor que sientes por el hombre que tambien te ama; de ese amor que por completo ha de cambiar tu existencia en el transcurso de muy pocos años.

Y hablándote de él yo quisiera hacerte descifrar su significado, hacerte comprender todo el encanto, la grandeza y la hermosura, la poesía infinita de esa palabra, de esa idea y de ese sentimiento, diciéndote que el amor es el imán que al encontrar en el mundo dos almas descono-

cidas, en el instante mismo que las halla, las atrae, las obliga á palpar á un tiempo y bajo la impresión de un mismo y solo pensamiento, las vá acercando poco á poco; las hace entender que son gemelas, que su destino es unirse, y consigue, por fin, con mágico hechizo, que aquellas almas se entiendan, tengan el propio deseo, la propia aspiración, una misma ilusión, una misma esperanza y un mismo término.

El amor es una fuerza que impele dos corazones y que uniendo, identificando su vida y su suerte en la tierra, une é identifica también sus alegrías y sus penas, su felicidad y su desventura.

El verdadero amor es el sacrificio total de la persona amante en favor de la persona amada.

Es imposible comprender la idea de amor sin la idea de sacrificio.

El amor es el sentimiento: el sacrificio su expresión, su fórmula.

El amor es quien inspira á la imaginación mil fascinadoras ilusiones que nos hacen adivinar, á través de sus encantos, un mundo de felicidad inmensa, de ventura inacabable, y que, sin embargo, entre esas placenteras ilusiones de gloria y de dicha ¡cuántos pesares, cuánta incertidumbre, cuánta inquietud nos hace sufrir!....

Pero él, juguetón y caprichoso, con todo, aun es la poesía de la vida, pues según los poetas el amor es igual al perfume de las flores, al murmurio de las aguas y al cantar de las aves.

Porque el amor roba á la aurora su belleza cuando envuelta entre nubes de zafir y ópalo viene á saludar al hombre y á consolar la tristeza de la pasada noche, mostrándole los

mil hechizos del cielo; de ese cielo que si es el rico y majestuoso dosel de la tierra, es tambien el escabel precioso de la grandeza y de la omnipotencia de Dios.

Porque el amor es la melancólica luz del crepúsculo.

Porque el amor es el suave cefirillo que mece en su blando lecho á los pájaros y á las plantas.

Porque el amor, en fin, es la inspiración de los poetas.

¿Ves la fuerza imponente del mar embravecido? Pues aun es más fuerte la fuerza del amor.

¿Te admira y embelesa la hermosura de una noche de verano en que el diáfano azul del horizonte aparece bordado de innumerables estrellas, orgullosamente presididas por la blanca luz de la luna? Pues aun es más hermosa la hermosura del amor.

¿Ves á la inocente tortolilla con

qué ternura cuida sus hijuelos? Pues aun es más tierna la ternura del amor.

Y yo te diré, que el amor es la vida: que sin él ni las flores tienen perfumes, ni murmurios las aguas, ni trinos los ruiseñores, ni embeleso la aurora, ni melancolía el crepúsculo.

Que sin amor no hay céfiros, ni auras, ni plantas; ni poder en los mares, ni belleza en el cielo, ni pasión en las aves, ni cantares en los poetas; ni encanto, ni ilusiones, ni sueños, ni esperanza, ni alegría, ni sentimiento y dulzura en el alma.

¿Y sabes lo que es una mirada de amor?

Una mirada de amor es la comunicación del fuego que abrasa dos corazones. No recuerdo quién ha dicho que *“es el beso que se dan dos almas,,*

¿Y sabes lo que es, lo que vale un suspiro de amor?

Pues un suspiro de amor es el desahogo y el anhelo de un alma herida; es una gota de agua que pretende, loca, apagar el fuego que la devora, y en vez de extinguirle le arrecia y le impele.

Si una mirada de amor es el beso que se dan dos almas, un suspiro de amor es el abrazo que se dan dos corazones.

No será difícil me trates de exagerado al oírme explicar así y creas que solo en mi imaginación puede haber un concepto tan elevado.

Más para desvanecer esa creencia, si la tienes, voy á dirigirte unas preguntas á las cuáles tu, dechado de ternura y de candor, enamorada con la pasión purísima y embriagadora del amor primero, no dejarás de contestar con toda sinceridad.

Dime ¿no es cierto que cuando gozamos de alegría y placer, la natu-

raleza toda parece como que también sonríe con nosotros?

¿No es cierto que todo cuanto entonces nos rodea ofrece un aspecto singular y agradable, que contribuye á aumentar nuestro gozo?

Tu conservas cual delicia inefable guardada allá en el fondo del alma apasionada, el recuerdo hermoso del día en que sentiste la primera emoción de amor.

¿No te pareció que en aquel instante venturoso, indescriptible, el cielo se mostraba también placentero, como tu alma; que el sol abrasaba como nunca, como abrasaba tu corazón?

¿No te pareció la blancura de la paloma más pura, como la pureza de tu amor?

¿No descubrías en torno tuyo raudales de luz, de armonía, de gloria, de placer y de pasión?

Otras veces al contrario: la vehemencia propia de tu amor soñó ver en tu objeto amado, sinó desprecio, sí desdén, menos cariño, correspondencia más fría.

¿Y no te figuraste entonces que el cielo cubría su encanto, que el sol no brillaba, que era pesado el vuelo de las aves, insípido el aroma de la flor, triste el cantar de los ruiseñores?

¿Pues porqué sería? Porque el alma alegre y enamorada, alegre mira los objetos que la cercan, y cuando la tristeza la aflige y el amor la falta, á todo comunica su tristeza mortal; porque tu alma, absorta entonces en su pasión, solo en ella pensaba y todo lo hacía aparecer envuelto en la dicha y el gozo que la inundara, en la pena y aflicción que la consumiera.

Por eso es tan sagrado para tí el lugar en que por vez primera viste

á tu amado; por eso es para tí tan bello el sitio que escuchó tus primeras palabras y tus primeros suspiros de amor; por eso te es tan dulce el recuerdo de los momentos felices que te ha brindado: por eso encuentras en cada valle, en cada paseo, en cada planta, en cada templo, rodeado de sin igual poesía, un monumento que atestigua tus más preciadas alegrías y tu afección más cara.

Ama, si, dulce niña, que amar es el oficio de los ángeles.

Ama, sí; deja que tu corazón puro y jóven, palpite abrasado por ese fuego santo y misterioso que funde nuestras almas en el crisol de la ilusión y de la esperanza, que hace amable el sacrificio y colmándonos de bienes y delicias, nos encamina á la única ventura posible en el mundo, y no temas que la muerte rompa el estrecho lazo por él formado, no: el

amor no cabe, no puede encerrarse en las contadas losas de un sepulcro mezquino: el amor es inmortal, como el alma de donde nace; busca un campo, infinito como él, donde vivir, y va más allá, mucho más allá de la tumba. Cruza los espacios, deja atrás las esferas, rasga la densa nube que en vano intenta cerrarle el paso al cielo, y allí ya, penetra inmortal y glorioso, y allí se confunde y santifica el imperfecto amor de las criaturas, con el amor inefable y perfecto del mismo Dios, fuente de la santidad y del amor.



III.

LA FÉ.



Al ver, hechicera niña, la constancia con que tu alma pura sin cesar aspira al cielo y clama por sus bondades, no he podido menos de bendecirte mil y mil veces, y mil y mil veces envidiar ese sosiego, esa apacible calma, ese incesante anhelo en que vives y que endulza tu existencia, consecuencia necesaria de la acendrada fé, infundida en tí por la religiosidad probada de tus padres, tan cariñosos como buenos, y para quien tu eres todo su or-

gullo, toda su felicidad y su única y sin par alegría.

¡Oh, niña hermosa!.... ¡quién pudiera decir otro tanto!!.....

Pero alejemos tristes recuerdos y esperanzas vanas: volvamos, si, á esa fé, virtud sublime y divina que es el consuelo del corazón, el sostén de la vida, el amparo del débil y el baluarte seguro del poderoso.

Bien desearia yo poder decirte todo lo que la fé significa, lo que la he visto obrar en tí y cuanto de ella siento; más ya que esto no puede ser, habré de contentarme con mucho menos y dejar gran vacío que tú, sin duda, llenarás, con tu propio sentimiento y penetración.

¿Ves aquella inocente doncellita, tierna como el arrullo del ave, apasionada como el suspiro de amor, de semblante bondadoso y mirada lánguida, que al pié del altar de solita-

ria ermita, hincada de rodillas reza, unas veces llorosa, con indescriptible expresión de gozo otras, oraciones entrecortadas, que envuelven en sí la manifestación más espontánea de lo que el alma siente y desea el corazón?

¿Ves cómo esa niña corre solícita al templo, al pié de la imágen, á depositar la ofrenda amable de sus plegarias, de sus alegrías y de sus lágrimas?

Muchas veces has admirado el valor, la decisión y el arrojo de aquél decrepito anciano, pobre, haraposo, lleno de pesar y de amargura, de rugosa faz, juguete de la fortuna inícuca, desprecio de los ricos; muchas veces le has visto llegar encorvado por el peso de los años, del infortunio y del dolor, apoyándose en su viejo cayado, pero con la cara radiante de alegría y esperanza y

los ojos anegados en lágrimas de gratitud y de amor; llegar repito, al templo, y allí, llorar y reír, sentir y amar, respirar un aire sano, un ambiente celestial de vida, donde el pecho se dilata, donde el alma experimenta sensaciones inexplicables de bienestar y de ventura, de satisfacción y anonadamiento.

Pues bien: esa doncella y ese anciano, acuden presurosos al pié de los altares porque la fé les guía: porque la fé les dice que solo allí brota el manantial del consuelo; que allí está depositado el bálsamo milagroso que cicatriza las heridas abiertas en lo profundo del alma por el pesar y la desgracia; por eso, buscando consuelo, lenitivo, esfuerzo nuevo para luchar, rezan y lloran, suplican y sonrien al pié del altar, pues saben que sus oraciones y sus lágrimas, sus plegarias y suspiros son

aromas preciosos, mensajeros acreditados que en revueltos espirales los unos y con seguridad y confianza los otros, suben de la tierra al cielo en demanda de perdón y de clemencia, y retornan del cielo á la tierra llenos de amor, de bendiciones y de gracias.

Porque la fé es el faro luminoso y único que guía al hombre al puerto de la salvación y de la verdad, á través de las densas nieblas y oscuridad profunda que envuelven el mundo físico y el mundo de las inteligencias; porque la fé es la fuerza misteriosa que nos impele de lo finito á lo infinito, de lo imperfecto á lo perfecto, de lo mortal á lo eterno, de la criatura al Criador, del hombre á Dios.

Porque la fé es el sustento de los fuertes y el aliento de los decaídos; porque la fé es la paciencia de Job,

el entusiasmo de David, el llanto y confusión de San Pedro, el arrepentimiento de la Magdalena.

Porque la fé inspira los vaticinios y los salmos á los profetas, el ascetismo á los monjes y la santidad á los confesores.

Porque la fé es la perseverancia de los santos, la pureza de las vírgenes y el heroismo de los mártires.

Su poder no tiene límites.

Colón, el *visionario* genovés cuya frente brilla hoy iluminada por los resplandores eternos de la inmortalidad, presiente un día, allá en la ignorada cámara de su pobre albergue, la existencia de tierras desconocidas: resuelve marchar en su busca, y Colón *el loco*, atraviesa los pueblos y las naciones, se lanza valeroso al seno de los mares, arrostra los peligros, sufre con calma los insultos, las privaciones y ve amenaza-

da su vida; pero nada le arredra, porque la fé le impele, la fé le anima, la fé le inspira, y donde ella está ni hay precipicios, ni temores, ni dudas, ni imposibles. Y Colón más tarde, ofrece á los hombres el espectáculo maravilloso y el triunfo sin rival de un nuevo mundo donde implantar el árbol santo de la Cruz y donde erigir la estatua hermosa y consoladora de la fé.

Rica y por todos envidiada, veía cierta nación deslizarse unos tras otros los tiempos, cuando por los años de 711 una raza poderosa, enemiga de su Dios y de su trono, aprovechando los errores y descuidos de fatal pasión, atravesó las murallas y orgullosa invadió su territorio enseñoreándose por el extenso confín del pueblo vencido. Sin embargo, un hombre en cuyo pecho ardía llama de fuego abrasador é inextinguible,

concibe la idea de la reconquista, y á fuerza de fuerzas, de sangre, de heroismo y de victorias por espacio de ocho siglos, la raza invasora fué expulsada y tan colosal empresa se ha calificado con justicia, de única en la historia de las naciones.

Ese hombre fué Pelayo; esa nación España: ese fuego la fé.

La fé es también el sentimiento que inspira al corazón las aspiraciones más grandes, los deseos más santos, los más gratos sacrificios, cuando estudiamos á Jesús, Dios y Hombre, muriendo en el más infame de los suplicios por su amor á los hombres, que tan inícua correspondencia habían de darle.

Ella es quien hace á nuestros ojos arrasarse en lágrimas de compasión y de gratitud, al ver á María, la azucena hermosa de los valles de Nazaret, llorando triste en su soledad es-

pantosa: ella, en fin, el consuelo, la esperanza, el premio y la vida.

¡Ah!... si la fé no existiese, el hombre mismo habría de forjársela en su imaginación soñadora para poder vivir.

La vida no se concibe sin la fé; porque la fé es el aire que respira el alma: la luz que la ilumina.

Sin la fé no hay más que el suicidio, la muerte, el delirio, la aberración.

Y eso precisamente es lo que al presente, por desgracia, vemos en la descreída sociedad donde nacimos y cuyo calor infeccioso seca todo sentimiento puro del corazón.

Pero es necesario acabar: estoy quizá molestándote demasiado y no soy digno de ocupar tu atención por tanto tiempo.

Así aquí termino, con deseo de hablarte mucho más, si, pero con la

obligación tambien de no ser molesto y pesado.

Lée esto poco, vuelvelo á leer; medítalo bien y despues deja al corazón que obre y que crea, creyendo que ame, y amando que se redima.



IV.

EL TRABAJO.

Mi primera palabra hoy, al escribir para tí, no puede ser otra que de gratitud y cortesía.

Tu alma privilegiada goza y aprende, se deleita y ensancha, al sentir conmigo y estampar en el papel, el sentimiento noble que endulza la existencia, que hace amable la vida, de suyo pesada y envuelta en dolor y aflicción continuos.... Gracias pues, hermosa niña..... nunca soñé con recompensa tan estimable como lo es el aprecio que haces de mis mal coor-

dinados pensamientos. ¿Y como estos no han de aparecer amables y dignos, llenos de bondad y de encanto, siendo tu quien los inspira, la flor que copian, el ideal sublime, escogido en el deseo más ardiente de la virtud y de la santidad?

Por eso, yo que en tí he admirado confuso el velo divino del *Pudor*, yo que en tu *Amor* al hombre he hallado el modelo del afecto terrenal más puro; yo que en tu *Fé* contemplaba el principio y fin de todas tus acciones, la norma de tu ser; hoy te veo, deslizando por entre tus dedos finísimos blanca y suave seda, ejecutar con ella delicada labor, sonriente el rostro, satisfecha el alma y el corazón gozoso: y cuando así te me ofreces, rodeada de tu anciana madre y de tus hermanos que contigo parten cotidiana tarea, trabajando con la sencillez y el candor de la niña y la pu-

reza y la alegría del angel, yo bendigo una y mil veces ese cuadro edificante de familia y esas horas consagradas á la inteligencia y á la actividad humanas.

Y al considerar de esta suerte el trabajo, me pregunto: ¿pues qué, acaso no es esa una ley universal y obligatoria que sujeta al hombre, aun contra su voluntad? ¿No es el trabajo una pena, una expiación, un castigo, y por ello repugnante y odioso, amargo y duro, como el castigo mismo?

Examino la naciente vida del hombre y allí, lleno de armonía y de luz, de gracia y perfección, le encuentro rey y señor de la creación hermosa, rica, esplendorosa y varia, como la mano omnipotente de quien saliera; y de pronto se me transforma en esclavo de un anatema, en reo sobre cuya existencia pesa el castigo que,

cual sombra al cuerpo, le sigue mientras vive y á todas partes vá con él; que abarca todos los tiempos, que comprende todas las edades, que á todos, al hombre y á la mujer y al niño, les somete imperioso al yugo de su poder y les sujeta y obliga como gozándose de su triunfo al verles humillados y confundidos gemir bajo el peso que les abruma, quitándoles así el tiempo que habían de emplear en la admiración de la naturaleza, en la expansión del espíritu, en sentir, en pensar y en querer.

Y al ver también al pobre anciano en los últimos años de su vida, *trabajar para comer*, ostentando en sus manos ennegrecidas y callosas el sello estampado por el manejo de la dura herramienta en el largo afán de días y días pasados entre el taller y el campo, el obrador ó la fragua, me pregunto, ¿cómo el hombre

no sucumbe ante ley tan cruel? ¿Qué es lo que le anima é impulsa? ¿Qué le sostiene en esa eterna lucha titánica librada por la necesidad y la natural inclinación, entre la obligación y la voluntad que se revela y desea solo la libertad y el descanso?

Mas al lado de estos ejemplos y á la par del hermoso presentado por tí, hallo, asimismo, otro cuadro tan simpático y amable, tan dulce y consolador como el que bosqueja el trabajador jóven y vigoroso cuando al volver á su pobre hogar lleno de alegría y satisfacción después del cansado trabajo de todo un día, entrega á su esposa el jornal ganado con sudor profundo, estampa en su frente el ósculo del amor y de la paz y tomando en los brazos y sentando sobre las rodillas al más pequeñuelo de sus hijos, juega con él y con él canta, convirtiendo esos juegos y esos

cánticos, en himnos victoriosos dedicados á ensalzar y bendecir el trabajo.

Y es que al obrar así, el trabajo se ha transformado, por el modo de ser de la vida y por la influencia maravillosa de Aquel que todo lo ennoblece y diviniza, de ley odiosa y pena infamante, en medio decoroso y digno de sostener y mejorar esa misma vida, en virtud sublime y heroica que lleva consigo el consuelo más grato al alma y la satisfacción más completa á la conciencia.

Por eso la virtud del trabajo, no aprecia en primer lugar el lucro pecuniario conseguido por él, y si bien le tiene en cuenta por cuanto merced al jornal, al salario, al sueldo, ó llámese como se llame aquel resultado, obtiene los recursos indispensables para vivir, sin embargo todo eso lo desprecia ante la tranquilidad y el

gozo inestimable que le causa poder decir á la faz del mundo, al acabar el día, con el valor de la propia convicción, "he cumplido mi deber," y feliz y dichoso esperar el día siguiente para de nuevo entregarse á la tarea con igual alegría, con el mismo deseo, con semejante afán.

Y si apetece el resultado lucrativo del trabajo, fuente y origen del capital, es solo porque mirándolo por el lado de la moral cristiana, vé de esa suerte, hoy que el oro todo lo domina pretendiendo avasallar al hombre, establecerse en el mundo, por virtud del trabajo, el imperio majestuoso de la inteligencia y de la bondad.

Y por modo tal, con ese concepto tan levantado, el hombre, cumpliendo una ley, general é indistintamente impuesta, expiando un delito, extinguiendo una pena, se ennoblece y se ensalza, se eleva y dignifica, labra

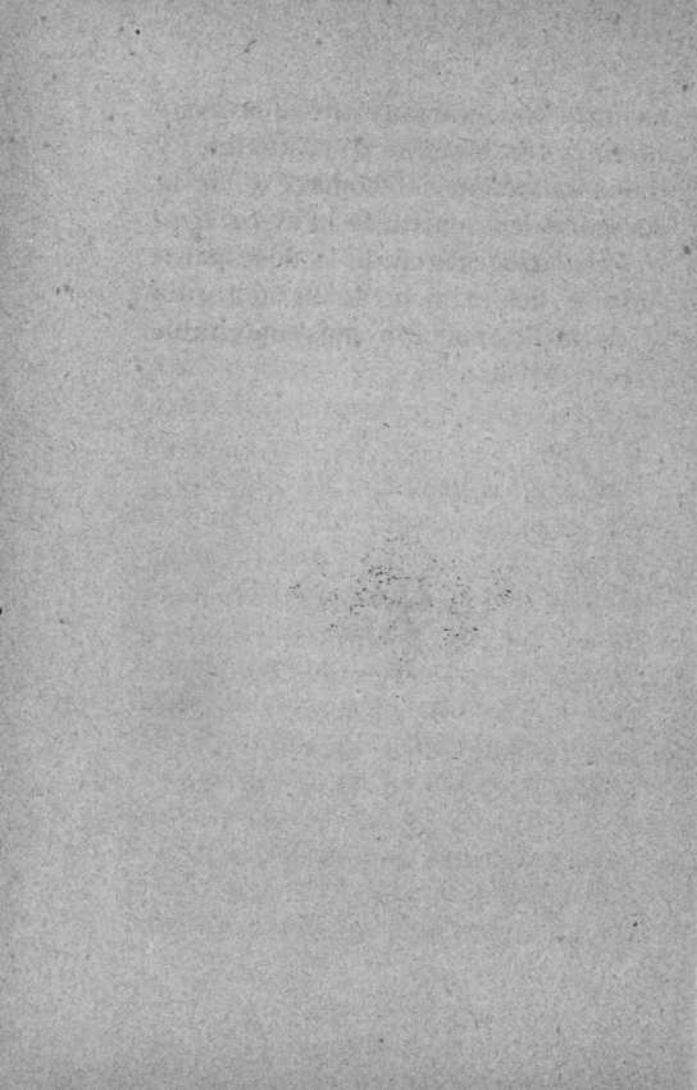
su propio rescate, borra su sentencia, y trabajando de buen grado, con la sonrisa en la boca, la mirada en el cielo y la esperanza en Dios, hace resplandecer luz vivificante y hermosa que consuela, fortalece y anima, destruye las tinieblas del error y del pecado, y convierte la pena en deleite suavísimo y amoroso coloquio.

Mucho más, mi hermosa niña, tengo que decirte, pero no puedo; sin embargo, esto es lo principal: tu presientes lo restante, tu en el fondo del alma comprendes las bellísimas consideraciones á que este principio dá lugar, lo consolador que es y la sana influencia que él puede tener en el hombre y en la sociedad, hoy tan desquiciados.

Para concluir, por tanto, te exhortaré á que con toda la eficacia del ejemplo, continúes, virtuosísima ni-

ña, proclamando muy alto el *trabajo virtud*, tan simpático y amable y única salvación del hombre y de la sociedad, en contra de la *esclavitud del trabajo*, origen de la desesperación y del crimen, de la anarquía y de la destrucción más inevitable y horrorosa.





V.

LA CARIDAD.



Flor preciosa... trasplantada por los ángeles al vergel hermoso de las almas puras.

Flor divina... llave del cielo... esencia de la esencia de Dios... amor de los amores... aire que respira el alma... margarita escondida... sistema completo de la filosofía cristiana... fundamento de toda una religión establecida por un Dios de amor... amor en su predicación, amor en sus obras, amor en su muerte, prodigio y milagro de amor.....
.....

Yo no sé, no acierto á explicarme: la palabra, este don incomparable con que el Supremo Hacedor ha enriquecido al hombre sobre todas las criaturas, es insuficiente cuando intenta expresar los grandes pensamientos, las grandes ideas, los sucesos notables.

Sin embargo; tú mi dulce niña, así lo deseas, tú me instas y me obligas á que escriba acerca de la caridad, y yo, ciertamente, no puedo negarme á tan justo deseo.

Empero es tan regalada la materia, tan deleitable, amena y consoladora; es tan vasto el campo ofrecido por ella, que, ingenuamente, no sé cómo ni por dónde empezar.

Dispensa, pues, mi cortedad; no esperes hoy lenguaje florido, imágenes bellas: perdona, si, mi atrevimiento, y ten presente que solo por tu mandato escribo, profanando con mi

pluma ese sentimiento sublime, digno de ser cantado por los ángeles: al compás de sus cítaras de oro.

“Amaos los unos á los otros como yo os he amado: en eso se conocerá que sois mis discípulos; en que os améis unos á otros.”

Hé ahí el precepto terminante; hé ahí la lección dada de continuo por el divino Maestro.

Y desde entónces acá, vemos á la caridad transformando el mundo, la familia, la sociedad y las instituciones.

Á impulso de la caridad los pueblos se unen y se estrechan; la mujer pasa á ser la compañera querida, el consuelo y la alegría del hombre; las razas enemigas se buscan y enlazan; la esclavitud desaparece y los hombres se abrazan y quieren cual hermanos.

La caridad, como emanación del alma espiritual en su vuelo, inmensa

en su afán; como efluvio del corazón ardiente en sus manifestaciones, tierna y amable en sus efectos, adopta diferentes formas, y acudiendo allí donde la necesidad la llama, donde su influjo benéfico puede ser útil, se multiplica y divide, y obrando prodigios repetidos de dulzura y de consuelo, de abnegación y de heroísmo, de gracia y de santidad, redime al hombre, le ensalza y diviniza, le convierte en fiel obrador del bien y de la justicia.

Porque la caridad es la fuente de toda virtud, la escala misteriosa colocada por Dios en la tierra para que por ella puedan las criaturas elevarse hasta su Criador.

Y tomando posesión del corazón de la mujer, todo ternura, todo sentimiento y pasión, ora la hace acudir presurosa á los hospicios donde salva de muerte cierta á millares de infe-

lices niños sin abrigo ni sustento, prostituidos y abandonados, ora la lleva á los campos de batalla y en ellos cuida solícita al infeliz herido entre el silbido de las balas, ora la establece en los hospitales donde sin temor ni escrúpulo yace á la cabecera del enfermo, del apestado y del moribundo, ora arrodillada sobre el reclinatorio de solitaria celda, eleva al cielo sus oraciones por el pobre, por el enemigo y por el descreído, oraciones que cual perfume suave ascienden en constante espiral hasta el trono de Dios en demanda de perdón y de indulgencia, y tornan luego á la tierra portadoras de beneficios y bondades, tesoro de la caridad, premio del amor, bendición otorgada por Aquél á quien hacen fuerza las buenas obras ejecutadas en su nombre y por su amor.

É inspirándose el hombre en el

sentimiento divino de la caridad, deja su familia, se despide valeroso de su madre y de sus hermanos, hace acallar las voces de la sangre y de la amistad, abandona el suelo querido de la patria con todas sus dulzuras y sus encantos, y abrazando el augusto sacerdocio de Cristo, vá á lejanas y oscuras tierras á propagar la fé, á llevar la luz de la civilización, á promulgar la ley santa del amor, allí donde solo imperan la ley del más fuerte y la idolatría más absurda, sin que le detengan en la carrera del sacrificio amable de su vida, ni los tormentos, ni el martirio, ni la muerte misma entre mil horrores, recompensa casi siempre de su noble y desinteresada misión.

En grado heroico se muestra la caridad ejercida en semejantes formas; pero donde ofrece toda su ternura y delicadeza, es alargando al

pobre una limosna, prestando consuelo al oprimido por cruel desgracia, enseñando y dando consejo al desgraciado que sin parientes ni amigos, sin tener una persona á quien acudir confiado, busca en la caridad el cendal precioso que enjugue sus lágrimas, el bálsamo celestial que cicatrice sus heridas, el alma gemela, compasiva y amorosa, que haciendo tuyas sus penas y sus dolores, sus infortunios y sus pesares, le preste el apoyo que necesita y el aliento que le falta.

¡Oh! ¡qué hermosa es la vida cuando se vive haciendo el bien!...

Tu, mi encantadora niña, has experimentado repetidas veces esa apacible calma, ese gozo intenso que ensancha el corazón al influjo de una obra buena; y dime ¿al practicar alguna de ellas sentiste mayor satisfacción, placer más íntimo, orgullo

más legítimo que cuando socorres á los pobres?

¿No es cierto que el alma se inunda de gozo infinito, que como transportada á otro mundo, á otra region más pura, respira un aire nuevo lleno de dulzura y suavidad, cuando al tener lástima de esos séres desgraciados, te desprendes de una alhaja, renuncias á un traje de lujo ó reservas para ellos el manjar más exquisito, el predilecto de tu mesa?

¿No es cierto que cuando das limosna á un pobre que agradecido besa mil y mil veces tu mano y sin cesar te bendice, sientes allá en el fondo de la conciencia un no se qué, que te anonada y confunde?

Es que en el mundo no hay nada tan grande como la bendición del pobre, porque la bendición del pobre es la bendición de Dios.

Y no creas, amada niña, que la

caridad solo puede ser ejercida por el rico, no: está á mano de todos; la caridad puede ejercerse hasta por los mismos pobres.

No necesita solo el hombre dinero y abrigo para sostener el cuerpo; noble, nobilísima es la caridad que tiende á dar alimento, y calor al indigente; pero aun es incomparablemente mucho más digna y levantada la que mira y atiende á las necesidades del alma.

El hombre necesita muchas veces un consuelo, un consejo, una lágrima, una oración, una enseñanza; y esa caridad la pueden practicar todos, todos, aún el pobre más miserable.

Caridad es el perdón de las injurias: caridad es el aprecio y estimación á nuestros semejantes: caridad es el buen concepto hácia todos: caridad es el impulso que nos mueve

á reconciliar á los enemistados: caridad, en fin, es todo sentimiento que nos inclina á amarnos los unos á los otros, y á dispensarnos mutuamente nuestros defectos, nuestras debilidades y nuestros errores.

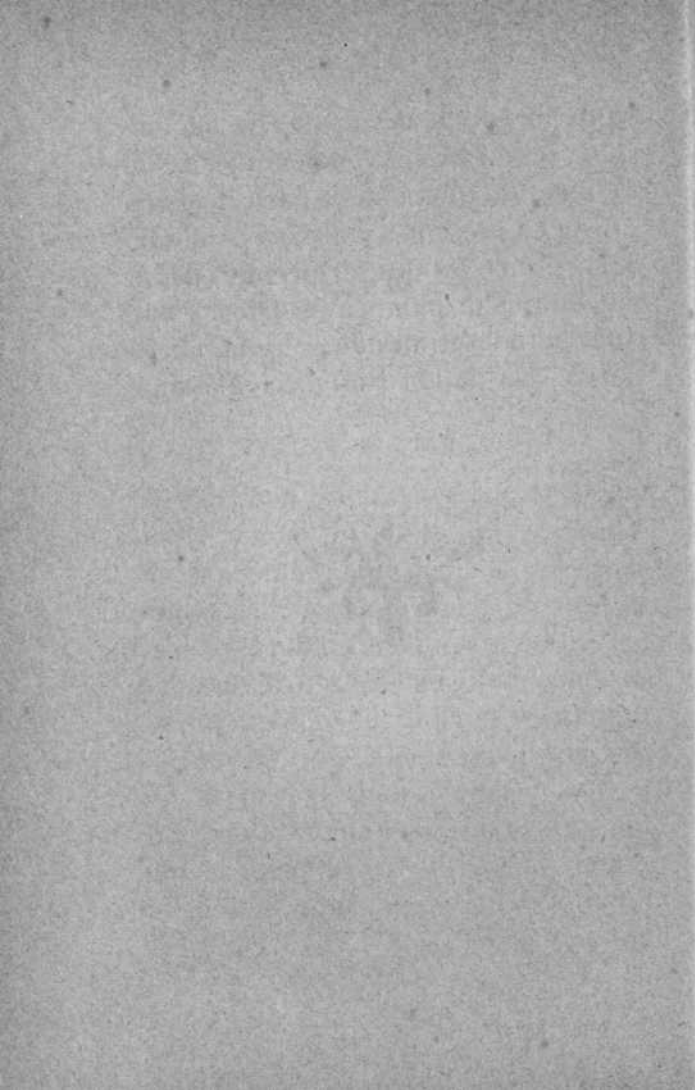
Y qué significa ni vale nada de cuanto te dejo dicho comparado con la realidad, con el valor inmenso de lo que en sí és?

Mas lo repito; mi mente se ofusca, mi lengua enmudece; yo no puedo, yo no acierto á ensalzar tanta magnificencia, virtud tan sublime que confunde á los hombres con los ángeles.

Por eso tu, amabilísima niña, que viviendo en medio de la opulencia sin haber experimentado nunca lo que es la necesidad, tánto te preocupas por la suerte del pobre y sin cesar por medios distintos acudès á socorrerle, suple lo que á mi pluma le

falta; practica la caridad, y haciéndolo seguirás convenciéndote de lo beneficiosa que es hasta para el mismo que la ejerce; pues yo, para concluir, solo te diré ya que el premio de la caridad es la palabra de Dios, y que aún cuando el mundo y los hombres pasen, esa palabra no pasará jamás.





VI.

LA HUMILDAD.



Nunca, bondadosa niña, pensé escribir tanto ni formar ramillete de tan variada colección, no porque en tí, jardín frondoso donde espontáneamente nacen flores de rico aroma y bello matiz, falte diversidad infinita, sí porque ni yo podía presumir la buena aceptación que me dispensas ni mucho menos me creía con fuerza bastante para emprender y continuar tarea harto superior á mis facultades, aunque muy conforme con mis deseos.

Empero, puesto manos á la obra, privarte de ese placer sería no corresponder al interes que tienes faltar al deber que gustoso me he impuesto y asimismo dejar por mi parte de recrearme viendo, al admirarte á tí, que en el mundo actual, en este mundo en que vivimos, hoy metalizado y prostituido, aún hay séres con el valor suficiente para mostrar un alma virtuosa, un corazón noble y digno, que se agita y lucha encarnado en una mujer, mejor dicho, en una niña, á quien los encontrados é impetuosos vientos del error y del vicio tratarán, sí, de cimbrear cual á debil palmera, pero á quien, seguramente, no conseguirán derribar nunca, para ejemplo perenne de santidad y mentís poderoso á esa sociedad tan relajada.

Por eso hoy, al escribir una nueva FLOR DEL ALMA, vuelvo á pensar

en tí, y en el hermoso dechado de virtudes que me ofreces, no sé, con efecto, á cual de ellas dar la preferencia, pues todas son edificantes y en grado sumo practicadas.

Sin embargo, es necesario concretarme á una y haciéndolo así, me fijaré en la *Humildad*, virtud no inferior en mérito, no de origen menos elevado y de frutos más exíguos que las examinadas hasta aquí.

Amable consorcio, al parecer imposible en la vida, unión maravillosa, increíble en la mísera condición humana!...

La humildad en medio de la opulencia... el anonadamiento en medio de las riquezas, de las comodidades y de la abundancia... extremos que se repelen, como que riñen, que están en abierta oposición... pero, no obstante que el mundo así lo cree, de tal manera lo juzga, ¿no es ver-

dad, encantadora niña, que si en todos los estados la humildad puede y debe resplandecer, en ninguno sobresale, en ninguno se ostenta con todo su poder, su belleza y su magnificencia como en el rico, en el poderoso, en el potentado, en el favorecido por el cielo con los tesoros de la riqueza y de la hermosura?

Ciertamente; y así como no hay nada tan repugnante, tan inconcebible, tan opuesto á nuestro sér como la soberbia en el pobre, nada en la tierra existe más natural, más lógico, más edificante, más elocuente, levantado y noble que la humildad en el rico.

Riqueza, hermosura y humildad!

Consorcio nobilísimo, repito; ejemplo capaz por sí solo de transformar nuestra existencia: apología completa de las virtudes, de la vida y de la moral cristianas.

Y se realiza tan raro fenómeno, porque reconociendo el hombre por medio de la razón, de la experiencia y de la revelación, que nada es, nada vale, ni nada puede por sí: que todo cuánto siente, le rodea y le sirve, le ha sido dado gratuita y graciosamente; que él no es dueño de dotar á su cabeza de un cabello más, ni de dilatar por un segundo su vida, ese *momento entre dos eternidades*, como la define Platón, llanto que empieza en la cuna y acaba en el lecho de la muerte: que las riquezas son humo que el viento disipa, sin que por otra parte basten para mitigar siquiera el dolor y el sufrimiento... que la belleza es pura fantasía de la imaginación, flor de un día, tñn efímera y débil como la vida misma: que si bien en el alma, por lo que de divina tiene, es inmortal é hijo y heredero de Dios me-

diante la gracia, sin embargo, se encuentra agitado violentamente por un sin número de pasiones que mil y mil veces le ponen al borde del precipicio, si es que no le hacen caer en él; en el cuerpo no es otra cosa que polvo vil, tierra despreciable, enfermedad, tormentos, necesidades, miseria y corrupción...

Por eso el hombre, cuando examinando todo lo que le rodea, la naturaleza, los cielos, los astros, los animales, las plantas, y comparándolo consigo mismo, se halla el ser más pobre, más necesitado de la creación, no puede en manera alguna engreirse; y si al meditar seriamente lo que es, de dónde viene y á dónde vá, por su excelencia se pone al frente de todo lo creado y es el rey y señor de la tierra, su dominador universal: y remontándose á los cielos, vé descender de lo alto el so-

plo divino que anima su cuerpo y el derecho que le asiste para entrar triunfante en aquella mansión de la luz; al conocer todo esto, solo le resta al hombre, bendiciendo y alabando á Dios, principio eterno del que descende, rendirse anonadado á los pies de su trono y ofrecerle en holocausto su propio ser, en agradecimiento de esa excelencia y de esa grandeza, de ningun modo por el hombre exigible y sí solamente otorgada y recibida por dignación suprema.

Esa es, mi pudorosa niña, la virtud de la humildad, virtud que yo no dudo colocar inmediatamente á la fé; pues si la fé consiste en creer, la humildad consiste en practicar cuánto la fé encierra, siendo necesaria una unión íntima, una reciprocidad absoluta entre ambas para el desarrollo perfecto de la verdadera

y única moral, completándose la una á la otra y produciéndose constantemente en dependencia harmónica y necesaria.

Por otro lado; la humildad es la síntesis. el compendio y resúmen de todas las demás virtudes y la más noble entre ellas, toda vez que si estas tienden á procurar al hombre el bien, la santidad y la gloria, mirando siempre al hombre, la humildad, por el contrario, haciendo abstracción del hombre, mira solo á Dios, á quien atribuye rendido todo cuánto de bueno hay en el hombre mismo, en su ser, en sus potencias, en sus facultades, en sus deseos, en sus inclinaciones, en su origen y en su destino, así como en la naturaleza hermosa puesta por Dios al servicio y recreo del hombre con su inmensa variedad de las flores y las aguas, los vientos y el fuego, las

aves y las nieves, el sol y las nubes, la luna y las estrellas, los rios, los montes y los mares, la aurora y el crepúsculo, la primavera y el otoño...

Todo eso, si, virtuosísima y humilde niña, encierra esa flor diminuta que muchas veces acaso pisamos sin pararnos á meditar cuán grande es su significado, qué lecciones tan santas atesora: violeta misteriosa, de color suavísimo, de exquisita fragancia, de celestial belleza.

El poder de la humildad le hallamos de lleno en MARÍA, á quien, segun eilla misma dijo en el sublime é inspirado cántico del *Magnificat*, por haber el Señor mirado la humildad de su sierva, la elevó á la altísima y única dignidad de Madre de Dios.

Dispensa, cariñosa C..... si abstraído con tñn bellos pensamientos, abuso demasiado de tu atención ¡es tñn grato, tñn fecundo, tñn sabrosí-

simo el tema, que sin querer se dilata la pluma y el alma se apena al ver que no hay más remedio que acabar!

Pero con todo, dispensa mucho más lo poco y mal que he dicho y lo muchísimo que aún dejo por decirte, pues en materia tan elevada soy incompetente y profano para escribir y demasiado pequeé ya contra ella en mi atrevimiento.



VII.

LA PACIENCIA.



T tiempo hace ya, mi queridísima niña, que no gusto del grato placer de consagrar cortos instantes á escribir sobre tus virtudes.

Por eso hoy, al reanudar mi interrumpida tarea, debo comenzar reclamando tu perdón, el cual espero me concedas al saber no fué culpa mía ni olvido el retraso experimentado, sí necesidad imperiosa, deber ineludible y sagrado que cumplir rendido y presuroso.

Y así, encontrándote hoy, como

siempre, modelo vivo y acabado en hermosura, en riqueza y en virtud; admirando en tu rostro apacible y risueño la expresión dulcísima del espíritu de angel que en tí se anida, en tus negros y rasgados ojos la luz del cielo que los alumbra, y en tus labios, frescos como las brisas otoñales y rojos como la llama del volcán, la oración humilde y santa recitada sin cesar, nuevo aliento me inspira, nuevo deseo me impele para estudiarte otra vez y ofrecerte como ejemplo digno de la estimación más grande y de la imitación más perfecta: doncella singular, dechado de bondades y de excelencias: querubín divino que vive y se mueve respirando aire celestial, reflejando en sus obras el poder y la grandeza de Dios que en su alma purísima se demuestra: ideal acabado, espiritual y fascinable, cual los sueños y concepcio-

nes fantásticas del poeta; como fin del deseo más tierno, como el conjunto de amor, de sentimiento y de gracia, de perfección, de santidad y de ventura delineado por el Criador; como la mujer amable y cariñosa, manifestación del bien, realización de su misión altísima y sublime, unión admirable de juventud y de santidad, corona de tus padres, realidad dichosa del presente, esperanza halagüeña para el tiempo que ha de venir.

Por ello, en medio de ese conjunto harmónico de conceptos tan diferentes, resalta y brilla en lugar distinguido tu *Paciencia*, virtud oculta, ejercitada en el fondo de la soledad y del silencio, á escondidas del mundo, lejos del bullicio, enemiga de exhibirse, admirada y celebrada por los ángeles, vista y aceptada sólo por Dios.

Circunstancias todas que vienen á constituir el mérito mejor en virtud tan especial, pues al reconcentrarse en tí, sin trascender á los demás; al ser practicada sin ruido, sin ostentación, sin darse á conocer, gozando las delicias inefables, los consuelos inextinguibles que produce al alma la posesión de la verdad, de la virtud y del bien, al reconocerla y rendirla tributo allá en el santuario impenetrable y sagrado de la conciencia, del sentido íntimo, el espíritu se dilata, disfruta la plenitud de vida propia, suya exclusiva, que le pertenece íntegra, y parece como que comunica más con Dios, que está más cerca de El, más unido, en coloquio amoroso y dulce, comunicativo y fortaleciente, recreándose en su acción, confundiéndose en la efusión mística de la gracia.

Por otra parte, además, el ejer-

cicio de la paciencia se hace necesario, imprescindible en la vida, si es que queremos vivir.

Dilatado campo ofrece esta para su cultivo, mil y mil ocasiones se presentan cada día, á cada instante para su práctica, y agitado el hombre en su existencia miéntras alienta en la tierra por sin número de contrariedades, de fuerzas y de elementos, de dolores, de angustias y de pesares; sosteniendo lucha titánica y desigual hasta consigo mismo á fin de vencer este impulso constante, esta propensión innata que siente dentro de sí hácia el mal, que corrompiéndole quiere arrastrarle á él; en esa lucha gigantesca entre la materia y el espíritu, entre el mal y el bien, entre el placer y el dolor, la privación y el deseo, el apetito y la continencia, la luz y las tinieblas, la verdad y el error, la salud y la

enfermedad, la vida y la muerte; ¡qué hermoso espectáculo dá, cuán grande aparece el hombre, sometido á su miseria y su flaqueza, sufriendo resignado tanto vaivén, tan crueles asedios, y como rendido, triunfante por la paciencia, victorioso y alegre, haciendo frente á los enemigos de su reposo y bienestar, bendiciendo á Dios, aceptando gustoso el caliz de la aficción, bendiciendo y abrazando el dolor y el tormento, el pesar y el martirio, con la sonrisa en los labios, la tranquilidad en el alma y el amor en el corazón!....

Y he ahí, mi paciente niña, el medio suave y factible de convertir en alegría las penas, en gusto los desconsuelos, las privaciones en regalo, y en gozo estimadísimo el tormento, la contrariedad y la privación.

Tu alma candorosa cien veces se ha recreado con la práctica de tan

ignorada virtud: tu has experimentado con efusión el efecto maravilloso que acabo de significarte, y dime: ¿no es verdad cuánto te dejo dicho?

¿No es cierto que el alma siente un consuelo inexplicable é indefinible, un gozo espiritual y santo al sufrir con paciencia los contratiempos de la vida, de esta vida convulsiva y loca donde al nacer una flor brota un millar de espinas, donde para un momento de placer hay años enteros de amargura, de llanto y de remordimiento?

Pues si es así, graciosa niña, sigue practicando la paciencia, pero procura al hacerlo darla publicidad; procura que su olor delicadísimo, su perfume embriagador embalsame y sature el ambiente, para que ella sea ejemplo nobilísimo y estímulo poderoso á tanto y tanto desesperado que al vivir de esta suerte aumenta á los

males que le rodean un nuevo tormento, mayor que todos ellos y que todos ellos juntos más insufrible y mucho más cruel.



VIII.

LA ORACIÓN.



El día, graciosísima niña, en mi última FLOR, causarme admiración ver en tus labios, frescos como las brisas otoñales y rojos como la llama del volcán, la oración humilde y santa recitada de continuo..... y hoy, aunque tu modestia sufra y contraríe por ello el deseo que te anima de vivir ignorada y oculta á la vista de los hombres, contento yo con experimentar los rigores de tu cariñosa repulsa y aún á trueque de arrostrar toda la fuer-

za de tus juveniles enojos, voy á ponderarte las excelencias, el poder, la suavidad y dulzura, la grandeza suma de la virtud de la *Oración*.

Y para ello comenzaré por analizar qué sea esta; y haciéndolo así encuentro formar su esencia la conversación, la comunicación íntima, afectuosa y confiada del alma con Dios: la exposición de sus necesidades, de sus penas y de sus aflicciones, de sus deseos, de sus esperanzas y de sus enfermedades por la criatura al Criador, por el hijo al padre, por el necesitado al poderoso, por el enfermo al médico divino dispensador de la salud temporal y eterna, el único que puede concedernos con colmo la felicidad y la hartura, la paz y la alegría del espíritu, el consuelo, el bienestar y la dicha.

Envuelve en sí la oración la creen-

cia firme é incontrovertible de que Aquel á quien nos dirigimos, tiene facultad y poder para dispensarnos, para otorgarnos todo cuanto en nuestra súplica le pedimos; es decir, que la oración constituye el ejercicio práctico de la virtud de la fé.

Al orar y pedir á Dios remedio á nuestros males, lo hacemos impulsados por la seguridad absoluta de alcanzar su protección, su auxilio, sus gracias, y con ello el perdón, la indulgencia, el remedio, la saciedad en el bien que buscamos; es decir, que la oración lleva consigo tambien el ejercicio de la virtud consoladora de la esperanza.

Y asímismo al orar cumplimos un mandato expreso de Dios que nos dijo por boca de su Hijo adorable *“pedid y recibireis, llamad y se os abrirá, cualquier cosa que pidiereis á mi Padre en mi nombre, os será*

concedida, y lo hacemos al propio tiempo recitando la súplica enseñada por el Oráculo de la verdad, es decir, por Aquel que por amor vino al mundo sólo para morir por nosotros y muriendo rescatarnos de la muerte y del pecado: es, pues, la oración el ejercicio simultáneo de las tres virtudes teologales, compendio maravilloso de la fé, de la esperanza y de la caridad.

Esto en cuanto á su esencia.

Ahora bien; para comprender su grandeza basta examinar dos extremos: quién es el que ora y quien Aquel á quien t n afectuosamente, t n confiados, t n amorosamente nos dirigimos al orar.

En primer término el hombre, vil y despreciable gusanillo de la tierra, polvo del polvo que pisa con sus plantas, criatura rebelde   los dulces mandatos de su Criador, mere-

cedora, quizá, por sus desvaríos, del rigor extremado de la justicia divina, indigna de los tesoros inmensos de su misericordia.

En segundo lugar la majestad inmensa del Hacedor Supremo, de nuestro propio Criador, del que nos conserva, sustenta y anima: del Artífice poderoso del cielo con toda su hermosura y variedad de astros, de la tierra con la múltiple diferencia de las plantas y de las aves, del tiempo con la sucesión constante de las estaciones: el Ser infinito, sin principio ni fin, eterno, por quien todo es, vive y se mueve: el que sustenta cuidadoso á los pájaros del aire, dispone las tempestades y la calma y ordena hasta el más insignificante movimiento de la hoja en el árbol: quien abre el día con la belleza imponderable de los primores de la aurora y los rayos brillan-

tísimos del sol, y le cierra con las sombras de la noche, la planteada luz de la luna y los reflejos innumerales de las estrellas; el dueño de los mares y de los vientos, del fuego y del rayo, de todo cuanto existe; Dios en fin.

Y Dios y el hombre, esos dos extremos tan opuestos, tan diferentes, tan distantes, se unen y confunden admirablemente en la oración, deleitándose el alma en el anhelo divino y santo de su aspiración á Dios, y Dios complaciéndose al ver al hombre rendido humilde á sus pies, y al otorgarle, á manos llenas, los tesoros incalculables de su ternura, de su bondad, de su amor y de su poder.

¡Ah, niña mía!... nunca he gozado más, nunca he sentido emoción más tierna, más arrobadora, más inexplicable que cuando sin notarlo

tu, te he sorprendido rezando arrodillada en el reclinatorio al pié del altar bendito de tu capilla, con las manos cruzadas al pecho, la cabeza levantada hacia el cielo y en él fijos tus ojos llorosos.....

¡Ah! Sí, virtuosísima C... sí ¿Qué es lo que entonces siente tu alma, qué es lo que le pasa á tu corazón que no aciertas á mudar de postura, á bajar tus ojos ni á separar tus manos? ¿Qué es lo que motiva tu llanto, qué es lo que al propio tiempo anima tu rostro con la expresión de una alegría y un gozo angelical é indefinible? ¿Qué es lo que te arroba en éxtasis profundo y haciéndote olvidar y despreciar esta tierra miserable con todos sus infortunios y sus angustias, desear la posesión pacífica de la gloria que distinta vislumbra á través de las nubes á impulso de tu oración, de tu coloquio

amoroso con quien únicamente puede llenar por manera cumplida los deseos, las ansias y las aspiraciones grandiosas de tu alma?...

¿No es esa comunicación íntima con Dios en medio de la confianza mejor fundada? ¿No es esa confusión misteriosa del alma con Dios, confusión que jamás habríamos podido soñar siquiera si Dios mismo no nos la hubiera impuesto y asegurado? ¿No es la realización del bien, la posesión de la verdad, la satisfacción del amor? ¿No es la dilatación del espíritu, el exceso de vida y de felicidad, por decirlo así, que al orar nos inunda?

Yo por mi parte solo puedo decirte que al contemplar á un alma orando, paréceme ver entre el cielo y ella, una escala, cual la de Jacob, de luz refulgente, de brillantes resplandores, de aromas vírgenes, de

celestiales armonías, á través de la que suben al trono majestuoso de Dios las súplicas del hombre, y descienden á la tierra las bendiciones de lo alto, la alegría y el contento, el consuelo, la paz, la salud y la vida.

Al pié de esa escala se halla rendido y humilde el hombre con todas sus miserias; á su final y rodeado de los coros angélicos, la sublime figura del Buen Pastor diciendo á los hombres con la mansedumbre y la caridad más grandes *“venid á mí todos los que estais cargados y yo os aliviare”*.

Y quién, amable niña, no se encontrará cargado en el mundo? Quién, pues, no tendrá necesidad de orar?...

La oración por otro lado, es el acto más grandioso de rendimiento y adoración.

Orar, por tanto, es confesar y

reconocer el hombre á Dios: el premio de la oración, la palabra empeñada de Dios, que, mediante ella, distribuye al hombre los tesoros incommensurables de su bondad, de su misericordia y de su amor,



IX.

LA GRATITUD.

Voy á hablarte hoy, niña amadísima, de una virtud muy hermosa, de gran mérito, de un valor incalculable, pero al mismo tiempo tan rara, tan poco practicada, tan desconocida, que apenas si se encuentra algun ejemplar de ella en el mundo.

Y no es que deje de ser virtud principal, esencialísima y que no se presenten ocasiones mil y mil para ejercitarla, no: precisamente es de

aplicación constante y t n general que no existe una persona que no se vea obligada   practicarla; pero sí es muy difícil, si exige de nosotros un sacrificio inmenso, no imposible de realizar, pero que se halla en oposición abierta con nuestra inclinación natural, con la soberbia que se anida y revuelve dentro de nosotros, estorbando y destruyendo los mejores deseos, las aspiraciones más dulces y deleitables..... sin embargo, esa virtud, con pequeño esfuerzo, he visto que sobresale también, en t , tánto más digna de aplauso y alabanza, c anto más raramente se muestra y la ejercitas con santo af n, con ejemplo admirable de constancia.

Me refiero, niña hermosa,   la *Gratitud*,   ese sentimiento de noble correspondencia con que se reconoce, se agradece el favor recibido y

se estima á la persona que nos lo ha hecho.

Sintiendo el hombre tal cúmulo de necesidades como pesan sobre él moral y físicamente, desde el momento mismo en que nace hasta mucho después que muere, dime virtuosísima C.... si la gratitud no debería ser el afecto universal, el aire embalsamado que se respirara en el mundo, el lazo inquebrantable de unión estrecha y eterna entre todos los seres vivientes; dime si en la tierra habrá un solo hombre, que por lo menos no tenga que agradecer á los demás un solo favor, grande ó pequeño, pasajero ó trascendental, cuando todos dependemos los unos de los otros, todos nos necesitamos mutuamente, no así como se quiera, sino todos los días, á todas las horas, á todos los instantes, en todos los terrenos, en todas las situaciones de

la vida, existencia que pudiéramos definir muy bien diciendo que es una necesidad jamás interrumpida.

Y claro es que ese sentimiento, esa virtud ha de ser mayor cuánto más grande es el beneficio recibido, cuánto menos obligada está á prestarnosle la persona que nos le ha otorgado. En esos casos la gratitud debe llegar á la inmensidad, á lo extraordinario, á un grado verdaderamente heróico.

Pero al hombre, por la soberbia que le domina y de que antes he hablado, le repugna esa dependencia necesaria en que está con respeto de sus semejantes; se le resiste reconocer que lo que tiene, que lo que es, que lo que espera, se lo debe á otro, y en vez de agradecerlo, en vez de reservar dentro de su corazón uu lugar para querer, para estimar ese favor y á esa persona, disfruta

el primero con sin igual orgullo como cosa suya propia, como si de derecho le correspondiera, y concluyé con mirar por encima del hombro, por despreciar á la segunda como á un ser que le estorba, como á un testigo presencial de su nadería, de su dependencia, de su miseria y pequeñez humana.

Y cae en el vicio abominable, en el monstruo de la ingratitud, de ese desconocimiento, de ese desamor, de esa negación la más incalificable, la más odiosa, la más inconcebible de todas.

El hombre ingrato debe ser arrojado de la sociedad.

Empero también aquí es necesario huir de los extremos, no confundir las ideas, y sí colocar las cosas en el terreno que las corresponde.

Todo tiene sus límites, todo tiene su centro.

La gratitud le tiene, asimismo.

No por ser agradecidos hemos de llegar al extremo del servilismo, y de arrastrarnos incondicionalmente á los pies del bienhechor.

Si el ser ingrato es impropio del hombre, el ser servil es la negación de la dignidad humana.

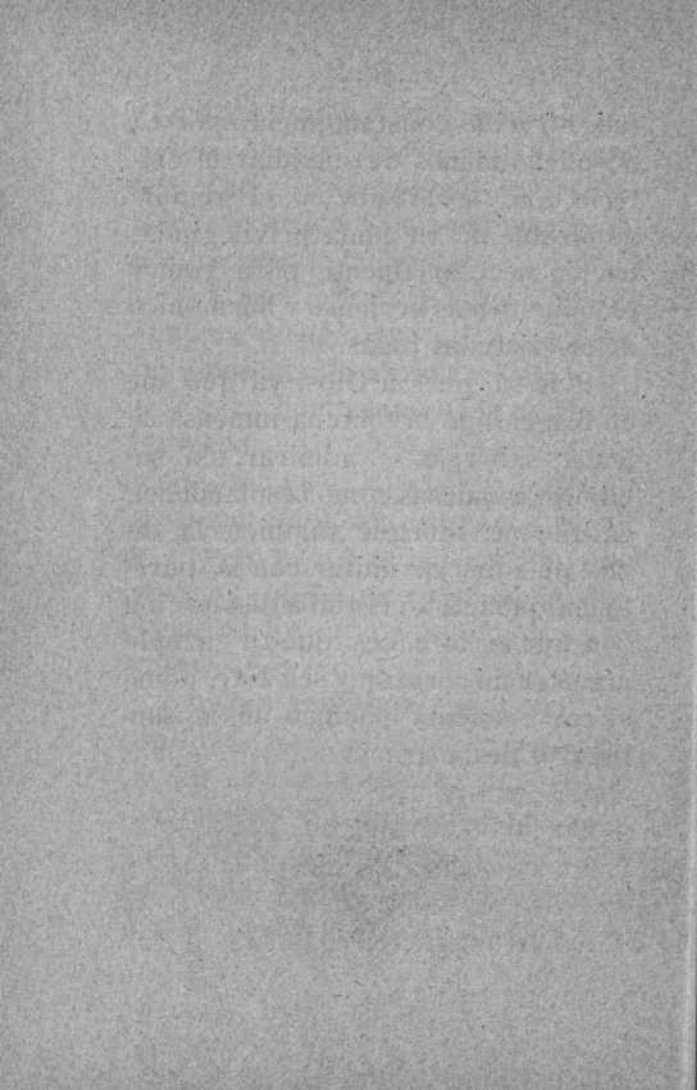
Y si el hombre no debe nunca ni por nada dejar de cumplir sus deberes, tampoco debe ajar, pisotear jamás su dignidad, lo más grande, lo más noble, lo más sagrado, que posee, y sin lo que deja de ser racional para confundirse con los animales.

Muchas consideraciones pudiera continuar haciéndote acerca de particular tán interesante; pero temo que moleste el exquisito esmero con que practicas ese principio; y por cierto, al contemplar el punto prudentísimo del ejercicio de la grati-

tud, ofrecido constantemente por tí, no puedo menos de envidiar el criterio que le preside y el temple admirable de tu alma privilegiada, nacida necesariamente para reunir el conjunto más hermoso y harmónico de las virtudes todas.

Pide tú, pues á Dios, ya que me ha dispensado la fortuna inmensa de poder saborear y admirar tñn sublimes grandezas como resplandecen en tí, me otorgue tambien la dicha de saberlas imitar con la pureza, la dulzura y cristiana disposici3n con que tu lo haces: que tu ejemplo arrastre mi coraz3n y sea este, como el tuyo, asiento pacífico de la santidad y de la gracia.





X.

LA RELIGIÓN.



Bien quisiera, mi adorada niña, conceder al estudio profundo de todas tus virtudes, el tiempo y el espacio que justamente merecen.

Empero esto me es, por ahora, imposible.

Sin embargo, no puedo dispensarme de contestar, y contestar de manera cumplida, á la intencionada pregunta por tí formulada, y de satisfacer, cómo me sea dado hacerlo, tu curiosidad, mejor dicho, tu noble deseo, tu aspiración dignísima de co-

nocer la razón, el porqué, la causa, el fundamento de ese conjunto admirable de bondad y perfección que atesoras.

Y para realizarlo tengo que recurrir á otra de esas virtudes hermosísimas, á la virtud de la *Religión*, entendiendo por esta no una preocupación humana é inútil, como pretenden muchos, sinó el conjunto de creencias, un sistema de culto, una elevación del hombre hácia Dios, una necesidad imperiosa y de la cual no puede prescindir, una ley ineludible y santa, la adoración que el hombre debe y presta al verdadero Dios.

Y esto es así porque el hombre que natural y necesariamente es un ser sociable, criado para vivir en sociedad, es también un ser natural y necesariamente religioso, destinado á vivir en comunicación constante

y directa con Dios por medio de la religión.

El hombre siente palpitar dentro de su ser físico una substancia, por decirlo así; siente agitarse una fuerza, distinta de la materia, que le obliga á pensar, á sentir y á amar; siente brillar dentro de su cerebro una luz especial, que es la luz de la razón natural, que le hace distinguir y separar lo bueno de lo malo, lo injusto de lo justo y que le lleva al estudio y conocimiento del mundo todo, de la fecunda y maravillosa naturaleza en sus múltiples manifestaciones del mineral y de la planta, de los seres irracionales, de las aguas, del fuego y de los vientos; y que, no contenta aún con el exámen y comprensión de tanta grandeza, le eleva más, le presenta los astros con toda su brillantez, y por último, le hace llegar hasta la percepción de una

causa primera, de un Ser Creador de todas esas maravillas que en sí encierran el hombre, la tierra y el cielo.

Y al contemplar t n magnífico y grandioso espectáculo, analiza esa causa primera, ese poder creador, y juzg ndole superior   él y   cuanto existe, sin querer, sin poder evitarlo, dirige su corazón y su inteligencia hácia ese principio omnipotente y único, le d  un nombre, ya sea el de Dios   el de Ser Supremo, le representa en los objetos que más llaman su atención por la hermosura, la grandeza   el poder de que los encuentra revestidos, y ya escoge por término de su adoración el sol que ilumina el mundo con sus dorados resplandores,   la luna que platea con su blanca luz la extensa llanura de los valles, ya proclama Dios   los animales   las plantas,   adora

el arco y la flecha con que coge la caza para su alimento, ó enorgullecido por la excelencia que observa tener sobre todo lo existente, no satisfecho con reconocerse rey de la creación, concluye por adorarse á sí mismo, cual Nabucodonosor en su trono.

El hombre que se halla animado por un constante deseo de todo lo grande, que aspira incesantemente á la perfección, que vé que él y todo cuanto á su alrededor se le ofrece, sucumbe á impulso de una fuerza poderosa é irresistible que solo deja tras de ella polvo y corrupción; él que vé sin cesar la muerte cerniéndose sobre el mundo todo, suspira por lo impercedero é inmortal, por lo que exista siempre y jamás sucumba: el hombre que todo lo halla imperfecto y sometido á un fin, á un término indefectible, del cual no le es dado pa-

sar, busca un objeto perfecto y que no reconozca fin; el hombre, en una palabra, aspira constantemente á lo grande, á lo inmortal, á lo infinito, á lo eterno, á la gloria; y aspira á ello porque el alma que radica dentro de su ser físico, es inmortal y perfectible, y necesita un objeto, perfecto é inmortal, como ella, á quien dedicarse, á quien amar y á quien rendir su adoración y su culto.

Lo infinito, lo inmortal, lo perfecto, la gloria, es la atmósfera en que flota el alma, los caracteres constitutivos y esenciales de su existencia.

Y lo inmortal, lo infinito, lo perfecto, lo eterno, que llene su corazón, no puede encontrarlo en otro ser alguno más que en Dios.

Por eso el hombre reconoce á Dios como un ser santo, perfecto, omnipotente, inmortal é infinito por

excelencia, dirige á El sus tristes miradas y confesando humillado su grandeza y su poder, en armonía con las cualidades características de su alma y en contraposición con la nadería y ruindad de su cuerpo, le bendice en el interior de su conciencia, le ama, le colma de alabanzas, le dá gracias y le presta la más grande adoración y el culto más esplendoroso.

Por otra parte: el hombre que no practicara la virtud de la religión ¿á quién pediría consuelo en sus aflicciones y remedio en su males? ¿A quién volvería sus ojos en la tierra cuando atormentado por el pesar, por la desgracia, por el dolor, maldigera su existencia, si en la tierra no encontrara otra cosa que seres desventurados como él, y que como él maldigeran sus pesares y su vida?

En cambio, cuando se cree y se

practica, como tu lo haces hermosa C....., la santa virtud de la religión ¡cuán distinta es la condición humana, cuán gratas la existencia y la vida!.....

¿No es verdad, mi virtuosa niña, que el hombre en sus mayores penas, en sus desgracias más afflictivas, en sus pesares y aún en medio de sus crímenes, tiene en la religión una madre solícita y amorosa que le tiende los brazos, le alienta, le sustenta y anima y si le castiga es solo para que arrepentido y llorando sus faltas, corra presuroso á arrojarse en su seno para recibir el vínculo de la reconciliación y de la paz?

¿No es cierto que en la virtud de la religión está concentrado un tesoro inmenso de consuelo, de esperanza, de dulzura; un poder que nos sostiene en nuestro desfallecimiento, que nos dá fuerza en las debilida-

des, que suaviza las inmarcesibles simas de la vida y nos ofrece como galardón de nuestros merecimientos, de nuestro amor, de nuestra fé, de nuestra paciencia, de nuestra alegría en las penas y en los tormentos, un bien infinito y eterno, una gloria y una vida de felicidad y bienaventuranza; en una palabra, la posesión del mismo Dios?

Ciertamente que sí.

Y si el hombre, considerado aisladamente no puede existir sin religión, ¿considerado en relación con los demás hombres, formando sociedad, podrá existir sin ella?

Desde luego que no.

Examinando la organización de la sociedad humana, vemos inmediatamente como circunstancia esencial de su constitución, un conjunto de leyes que establecen y presiden las relaciones mútuas de sus indivi-

duos y las de estos con el poder ó cabeza de la sociedad.

Ahora bien prescindamos, C..... mia, de la religión; formemos una sociedad de hombres ateos y ¿qué sucederá?..... La verdad, yo no concibo la existencia de un Estado, de una sociedad atea; es más, yo lo creo un imposible práctico.

Dime sinó ¿qué ley, qué freno, qué premio, qué castigo podrán guiar al hombre en todas sus acciones para consigo mismo y para con los demás?

¿Serán la ley civil ó la penal, el castigo de una prisión ó de un patíbulo, el premio de una recompensa temporal y por grande que ella sea, siempre mezquina, dada la desmedida y natural ambición del hombre?

Seguramente que contestarás en sentido negativo ¿porqué? Porque el hombre sin la virtud de la religión, desconoce y niega la verdadera no-

ción del deber; porque nada pueden influir en él los castigos y premios humanos, desconociendo y negando los premios y los castigos eternos que sanciona la religión; porque ahogando dentro de sí mismo el agudo grito de su conciencia que sin cesar le acusa de su crimen ó le alaba el bien que ha hecho, de día y de noche, en la compañía y en la soledad, en la miseria y en el encumbramiento, es imposible que le muevan á obrar los premios y los castigos establecidos por los hombres, tan fáciles de burlar, por otro lado.

El hombre que pisotea y desprecia su conciencia, está muy pronto, no puede menos de despreciar y pisotear el patíbulo donde recibe muerte; es más: él mismo cometerá un crimen que le conduzca á él como medio de poner fin á una vida que le sería pesada é insoportable.

Por eso estudiando la estadística criminal de todos los pueblos y las circunstancias morales de la inmensa población penal, hallamos que el número de crímenes y el número de reclusos están siempre en relación inmediata y directa con el relajamiento del principio religioso, con el olvido ó la negación de un Ser Omnipotente y renumerador, con la existencia de un Supremo Juez de las justicias mismas.

Dudo, mi religiosa doncellita, si con lo que dejo escrito habré acertado á exponer lo principal en materia asaz importante y difícil como ves.

No obstante, creo haber apuntado las ideas cardinales de una virtud tan provechosa y consoladora para el individuo, como salvadora para las sociedades y civilizaciones de todos los tiempos y de todos los pue-

blos, si bien haya aún mucho y de gran valor que consignar.

Perdona, pues, si he defraudado tus esperanzas, y en castigo de mi proceder, recibe benigna la confesión sincera, que desde luego te hago, de mi insuficiencia y falta de ilustración para corresponder á tus súplicas.



XI.

LA EDUCACIÓN.



oy, mi adorada niña, á explicarte en el presente artículo, á qué debes todo ese conjunto admirable, consolador y hermoso de virtudes distintas como en tí sobresalen, cuál es la causa de ese porte culto, avasallador y amable que el mundo halla en tí, por el que te envidia, te ama, te respeta y colma de bendiciones; cuál sea la base de tu instrucción tán sólida como adecuada, tán verdadera como diversa que constituye el encanto de tu casa, la

satisfacción de tus padres, la complacencia y el ejemplo de la sociedad, haciéndote simpática, interesante y estimada á los ojos de todos.

Todo ello, prudentísima y discreta C..... es consecuencia forzosa, resultado necesario de la *Educación*: de ese principio indispensable al hombre, sin cuyo cultivo nada es ni puede aspirar á ser, cuya falta le rebaja á condición ínfima y cuya posesión le completa, le perfecciona, le dignifica, le distingue y eleva al más alto puesto entre la multitud de sus semejantes.

Más para que dé ese resultado grandioso, para que el hombre adquiera esa preponderancia legítima, ese ascendiente nobilísimo, es preciso que reciba desde su infancia, en su cuna misma, una enseñanza continua, cristiana y verdadera, como la adquirida por tí merced á los desvelos incesan-

tes de una madre virtuosa, y á los ejemplos elocuentes de un padre religioso, honrado y trabajador, como los tuyos.

La educación, si, debe empezar en la infancia del niño, debe recibirla desde que mecido en el cariñoso regazo maternal, cierra sus ojos al sueño entre las más dulces caricias; debe continuarse al tiempo que se le entregan los cien y cien juguetes destinados á alegrar los días de su infancia y debe completarse con exquisito esmero, con predilecto afán, con primordial interés y atención en la juventud, época decisiva, punto de partida del resto de la existencia humana, bueno ó malo, según la educación recibida.

Porque la educación constituye los cimientos del gran edificio llamado hombre; si los cimientos son cristianos, esmerados y sólidos, el edifi-

cio será bellísimo y duradero; y si son descuidados y contrarios á la sana moral, el edificio vendrá á tierra y se convertirá en polvo y corrupción.

La educación debe ser altamente religiosa y necesariamente católica, pues sin estas circunstancias podrá formarse, sí, un hombre honrado, pero no absolutamente perfecto y santo en el orden moral, el más eminente de todos los órdenes.

Debe ser también propia, adecuada á la condición del individuo, dando á la niña, á la mujer lo que de derecho la corresponde, lo que está en relación con su naturaleza física, con su gran destino en la tierra, y sin sacarla de él, toda vez que, como asegura muy sabiamente Michelet "*educar á una niña es educar á la sociedad:* „ y dando al niño, al hombre cuanto le pertenece para ser

buen hijo, buen padre, excelente ciudadano, honra del Estado, sostén de la familia, miembro útil á la república y á sus individuos.

Y esa educación ha de ser, asimismo, verdadera, cierta, profunda, no liviana y superficial, vacía y aparatosa; extendiéndose también á la parte física y á su desarrollo, á fin de equilibrar las fuerzas, y sostener la necesaria armonía entre todas ellas y las facultades intelectuales.

Isócrates ofrece el modelo de una buena educación estableciendo que *“las cualidades que mejor sientan á un jóven son; la modestia, el pudor y el amor á la templanza y á la justicia.,”*

“Estas virtudes, dice, son las que deben formar el corazón de la juventud.,”

Por eso, al verte yo dotada de tñn bellas cualidades, no puedo me-

nos de admirarte hoy, joven hermosísima, constituyendo el consuelo, la alegría más santa y pura de tu hogar, de esa familia cristiana que vive respirando el ambiente embalsamado de la virtud, sostenido, embellecido con las sonrisas tiernas y candorosas de tus rojos labios, con la mirada angelical y bondadosa de tus negros ojos, con los suspiros inocentes de tu corazón, todo amor y ternura, con las aspiraciones sublimes y santas de tu alma, espíritu predilecto de los querubines, complacencia del mismo Dios.

Por eso, anticipando los tiempos, te veo ya, casada, siendo la compañera amabilísima de tu esposo, todo su consuelo, toda su satisfacción, su felicidad inmensa, su dicha colmada, su sueño de oro, toda su gloria en la tierra, que solo cambiará, por necesidad, con el consuelo, con la sa-

tisfacción, con la felicidad, con la dicha, con el sueño, con la gloria del cielo.

Por eso, avanzando más, te contemplo, madre de tus hijos, investida con esa augusta dignidad, con esa supremacía grandiosa y admirable, con ese destino altísimo y honrosísimo de la mujer, con ese sacerdocio casi divino, criando á tus pequeños con solícito afán, en medio del cuidado más delicado y tierno, grabando en su corazón inmaculado las máximas más puras, las creencias más elevadas y dignas, los misterios más sublimes, las enseñanzas más salvadoras, sufriendo alegre y conforme las múltiples incomodidades que proporciona la niñez, los insomnios, el cansancio, la fatiga, los sobresaltos, la incertidumbre, todo, todo lo que lleva en pos de sí la maternidad.

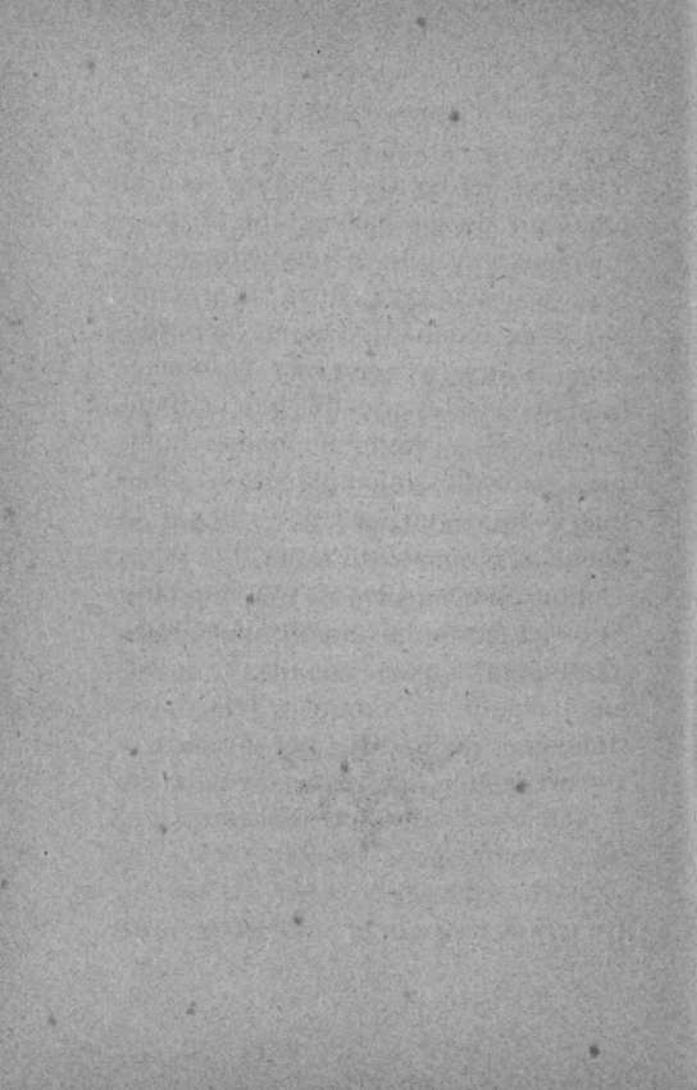
Y todo eso lo harás porque así lo han hecho tus padres contigo, porque esos ejemplos no se olvidan nunca, porque las enseñanzas que se adquieren en el seno de la familia, dentro de su santuario, al lado de la madre, esas enseñanzas no se olvidan nunca, no se quebrantan jamás, son las compañeras inseparables del hombre que le siguen siempre, siempre, con gozo indecible, con recuerdo grato y dulcísimo hasta el momento mismo de la muerte.

Ve, pues, niña mía, si es de importancia, si tiene trascendencia, si merece fijar todo nuestro anhelo la educación.

Comprende también si esa base, si ese fundamento del que depende la suerte del hombre en esta vida y en el otro mundo, exige un esmero sin límites, una constancia invencible, una decisión, un empeño sin rival.

Y, por último; comprende que si una buena educación constituye la felicidad del hombre ¡cuánta será la felicidad de los padres que la proporcionan! y que si una educación mala ó descuidada, lleva al precipicio, labra indefectiblemente la perdición ¡cuán grave será la responsabilidad de todos aquellos que la abandonan, que en lugar de formar hombres honrados, ejemplares de ciencia y de virtud, arrojan solo á la sociedad seres inútiles, perjudiciales, emponzoñados, que corrompidos ellos la corrompen y denigran, la rebajan y envilecen!





XII.

LA PAZ.



Mi queridísima C..... Todo en este mundo tiene fin.

Por ello, natural es que también estos artículos lo tengan: no porque el original cuyas virtudes copian, haya dejado de suministrarme sentimientos delicados, flores divinas y perfumadas con que extasiarme y formar el corazón honrado y noble, simpático y amable de la juventud, sobre todo el de la mujer, en esa época de la vida tan llena

de ilusiones, t n hermosa, t n decisiva, por otra parte, para ella, no. No es tampoco que sienta yo cansancio ni fatiga; por el contrario, cada día experimento más dulce placer en ofrecerte al mundo pura, candorosa, humilde, caritativa, trabajadora y ferviente: es que debemos rendir tributo   la naturaleza..... es, ya lo ves, que no puedo consagrarte el tiempo todo, la asiduidad y la constancia que tu mereces y que yo deseo.

Sentir  enojarte con mi silencio; más s  que tu enojo pasará y comprendiendo que otros deberes llaman mi atención   distinto lado, me perdonar s: yo en cambio de tu bondad te alentará prometi ndote reanudar, quizá en tiempo no lejano, empresa t n grata para los dos.

Para despedirme de t , y como compendio de todas tus virtudes, ya ves que he escogido la paz, virtud

en sí misma y resultado indefectible, galardón y premio de la práctica de todas las demás.

Y con efecto.

¿Qué hay ni puede haber en el mundo más apreciable, qué tesoro más rico, qué grandeza más estimable, que tranquilidad más exquisita ni qué conquista más envidiable y gloriosa que las paz de la conciencia?

¡Oh, queridísima C.....! ¡si pudiera yo hacerte comprender de una manera pálida siquiera, la emoción íntima que mi alma siente, la confusión que mi corazón sufre, el deseo inexplicable que me anima de imitarte cuando te veo sumisa, humilde, conforme con la voluntad de Dios, ya sientas en tí la satisfacción natural, consecuencia necesaria del cumplimiento del deber, ya disfrutes las delicias y el placer suavísimo del bienestar y de la ven-

tura, ya apures el caliz amargo del dolor más cruel, del más grande infortunio!

Comprende que todo ello es producto de la paz de la conciencia, paz bendita del alma, no turbada jamás ni por las borrascas irresistibles del mar impetuoso de las pasiones, ni por las alegrías deslumbradoras y fugaces de un mundo corrompido y engañoso.

Fruto, sí, de la paz es la dulce armonía que reina en el modesto hogar de la familia cristiana: paz es el ambiente deleitable que respira el alma cuando vence y triunfa de la sugestión enemiga. Paz es el apacible sueño en que descansas durante la noche, velada por los ángeles que rodean tu lecho, gozando la visión suprema de tu rostro animado por sonrisa sin par, trasunto fiel de la satisfacción inmensa de tu espíritu virtuosísimo.

Paz es el ósculo amoroso de la muerte del justo: paz es la gloria inmarcesible de los santos.

Paz es la palabra divina brotada sin cesar de los labios inmaculados del Autor de la verdad y del bien.

Paz es el saludo cariñoso dirigido por Dios al hombre en todas sus manifestaciones.

La paz es el cántico glorioso entonado por millares de espíritus celestes al anunciar al mundo el nacimiento de su Redentor.

La paz es la dulce promesa, el presente amabilísimo, la embajada celestial traída á la tierra por el Hijo de Dios al nacer de la más pura de las vírgenes, en el más abandonado y miserable de los establos.

Paz es la palabra de Dios; la misión santa de su ministerio divino, el fruto abundante de su vida, de sus milagros, de su muerte cruenta.

Paz es la última expresión, el suspiro postrero lanzado á su Padre desde lo alto del suplicio por el Mártir de los mártires.

La paz es su triunfo sin rival en la resurrección gloriosa de Aquél que dijo podía reedificar en tres días el templo augusto de Jerusalem.

Y esa paz inefable de la conciencia, consecuencia forzosa de la virtud, ambiente purísimo que respira, en que vive el alma del justo, que vivifica y anima, que sublima y ensalza el seno de la sociedad doméstica, es, al mismo tiempo, el consorcio de las naciones, virtud pública á cuyo impulso se desarrolla, por modo admirable, el trabajo, prospera la industria, el comercio florece y se transforma la vida humana, al par que la existencia social, en edén agradable de dulzuras sin cuento, de abundancia, de felicidad y de venturas....

Vive, pues, tranquila, mi niña adorada, en la paz santa del corazón, dádiva hermosa del cielo, conquista de las almas grandes.

La paz sea contigo; esa paz divina, igual solo en grandeza, en poesía y en excelencia á su Autor, y no olvides nunca que ella es el premio y la corona eterna de la santidad y la justicia.





OBRAS DEL MISMO AUTOR.



Estudio sobre la Mujer.

Efemérides Españolas.

Memoria acerca de las Cortes y de los Concilios celebrados en Valladolid.—Agotada.

Guía del Tutor, del Protutor y del Consejo de familia.

Novena á la Santísima Virgen de la Peña de Francia, con una Reseña histórica de tan milagrosa Imágen y de su Cofradía.

Datos para la Historia Biográfica de Valladolid.—Preparada para darla á la imprenta.





